

AY, MANUELA

Corría la segunda década de 1900, el lugar era oscuro y frío, una sola cama delataba la soledad absoluta y el silencio insoportable llenaba al pequeño reducto. Manuela Irazola no se arrepentía de nada. Sus pensamientos iban y venían, con la idea que no abandonaba aún con el paso de los años, ya casi diez, “la pena era infundada, los jueces no habían considerado sus argumentos”.

Su mundo se vino abajo ese día caluroso de enero y se llenó de abrumadores diálogos con ella misma, que fueron enloqueciéndola ante la impotencia de la injusticia que ella consideraba que se había cometido. El transcurrir de su existencia había pasado de la comodidad sin medida al caos absoluto.

La sociedad, esa a la que pertenecía, no comprendió los motivos, ridículos para la mayoría, el porqué lo hizo. No vislumbraron siquiera el valor que tenía para ella su dignidad de mujer.

Manuelita como la llamaban cariñosamente, generaba empatía en quienes la conocían, por su modo amable, por su sonrisa amplia, por su corazón noble.

Creció en una familia de clase media alta, su madre falleció cuando tenía trece años, fue hija única, mimada y cuidada. Su padre, se aferró intensamente a ella y a los recuerdos de su esposa, cuya muerte inesperada lo sumió en un profundo dolor.

Manuela, bella, impetuosa y apasionada, era vista como una candidata perfecta para esposa y madre, sobre todo por las familias tradicionales y de renombre cuyos perfectos hijos sólo merecían alguien de su categoría.

Toda la herencia para ella, la gracia también, algo innato, pues era independiente de sus atuendos, ella no siempre vestía a la moda como otras jóvenes de su entorno, pues no le interesaban demasiado las apariencias, algo que sí ocurría en el ambiente en el que se movía.

Salía poco, de vez en cuando a algunas tertulias y con su padre, donde la mayoría de las veces le solicitaban interpretar el violín, algo que odiaba profundamente pero que realizaba para conformarlo, a él y a otros.

Los veinte años llegaron y con ellos muchos pretendientes, algunos interesantes, otros intrascendentes.

Para Eriberto, su papá, a estos siempre les faltaba algo, o el dinero suficiente para mantenerla o eran aburridos, sin elegancia y sin personalidad. Ninguno cumplía con sus ideales para su hija acostumbrada a tenerlo todo.

Ese enero él llegó a la reunión, todos se dieron vuelta para mirarlo, mujeres y hombres por igual, su presencia jamás pasaba desapercibida. Era alto, buen mozo, rico e integrante de una familia prestigiosa, por su poder económico y también por sus contactos con políticos importantes. Era codiciado por su soltería, aspecto que a él no le interesaba modificar, tenía a todas las mujeres a sus pies y ninguna necesidad de un compromiso serio.

Esa noche, Manuela brillaba de manera especial, no quería ir a la fiesta, pero una vez más su padre insistió tanto que accedió, para no escuchar sus reproches. Su vestido de color rosa pálido con un delicado cinturón al tono marcaba su pequeña cintura; su cabello recogido y un leve mechón ondeado que caía por su frente, la hacían ver bonita y delicada.

Entró al salón y Patricio posó su mirada sobre ella. Ella no se inmutó ante él. En otra ocasión la había observado, parecía una mujer distinta a otras, su indiferencia hacia él, le generaba adrenalina al pensarla como otro trofeo, aún inalcanzable.

Decidió acercársele e invitarla a bailar, ella se negó y él se molestó; buscó una copa de vino y se la ofreció, ella con una mueca por sonrisa lo rechazó. De forma inusitada la indiscreta mirada y el murmullo de los asistentes a la reunión sugirieron desaprobación por su actitud incomprensiva ante él.

Eriberto se dio cuenta desde lejos e inquisidoramente manifestó su enojo ante su comportamiento. Luego se acercó y la obligó a cambiar su proceder, según él, muy poco conveniente para una dama en ese círculo del que formaban parte, donde se negociaba todo sin importar los sentimentalismos cuando lo que estaba en juego eran cuotas de poder de cualquier índole.

Ella se reveló, pero su padre con esa acostumbrada presión sutil, la forzó a conversar con el caballero más popular de la velada, que rió para sus adentros con satisfacción.

Manuela se sintió inhibida ante su mirada, impotente por el deber ser y por no poder cumplir sus deseos. Él se aprovechó del momento; sabía muy bien cómo continuar la escena una vez que el primer paso había sido dado, no importaba en este caso si con la anuencia o no de la posible cautiva de sus señuelos.

El aire del lugar era pesado y el calor intenso, afuera corría una leve brisa que hacía la noche menos insoportable. Casi sin darse cuenta ellos estaban en el jardín de la gran casona.

Sus ojos oscuros se posaron en la cara de ella, luego su mano rozó su boca y el fastidio la invadió. Su prepotencia la llenó de hastío cuando sus palabras soeces hablaron sobre su cuerpo.

A él no lo afectó la presencia de alguno que otro invitado en el mismo lugar, nadie podía escucharlo, únicamente ella. La situación se volvió insostenible, la tomó por la cintura e intentó besarla, ella forcejeó e intentó liberarse, lo que generó en él más deseos de poseerla. Lo curioso es que nadie pareció verla.

Manuela quiso correr, él la retuvo; ella se resistió una vez más y sin saber cómo lo empujó, él perdió el equilibrio, se levantó y nuevamente la tomó por la fuerza. En un instante ambos rodaron por el piso, ella se incorporó y otra vez lo empujó, él cayó, se resbaló y su cabeza dio con la pared de uno de los balcones, perdió el conocimiento. Más tarde se supo que había perdido la vida.

El hecho provocó desconcierto y la noticia de la muerte de Patricio irrumpió en todos los ámbitos. Lo más difícil de comprender fue cómo una joven de buenas costumbres había asesinado a un caballero tan distinguido y sobre todo buena persona como él. Nadie se detuvo

a preguntar sobre las causas de ese accidente en el cual ella era una de los protagonistas principales, lamentablemente.

“Ay Manuela, qué has hecho” le dijo su padre y ese fue su único comentario.

Los jueces no contemplaron sus justificaciones, ridículas sentenciaron. Ella había malinterpretado las honorables intenciones del caballero, solo halagarla, como lo hacía con todas, expusieron. Defenderse, de qué, plantearon. Y los testigos del hecho, increíblemente, otra vez estuvieron ausentes como esa noche en que prefirieron mirar hacia otro lado sin comprometerse.

La sociedad en su conjunto se puso en su contra, y olvidó su nobleza y su bondad. Ahora ella había pasado a la categoría de asesina y eso sí que jamás lo perdonarían.

Eriberto tampoco pudo olvidar semejante ofensa y Manuela se quedó sola, con la dignidad alta, pero sola, en su celda, con la única compañía de sus recuerdos y de una cadena perpetua que secuestraría su vida hasta el final de sus días.